

Haldeando venía y trasudando
el autor de *La Pícaro Justina*,
capellán lego del contrario bando;
y cual si fuera de una culebrina,
disparó de sus manos su librazo,
que fue de nuestro campo la rüina.

Miguel de Cervantes, *Del Viaje del Parnaso*,
Capítulo sétimo, vv. 220-225.

PRÓLOGO AL LECTOR

ANTES DE ENGOLFARSE el aventurado lector en el proceloso y ocasionado mar de este *Tomo Segundo* de *La Pícaro Justina*, sirvan unas aclaraciones sobre cómo se encontró y llegó a nuestras manos el manuscrito, además del proceso de su posterior transcripción para sacarlo a luz.

Algunos años de mi vida transcurrieron en Ciudad Rodrigo. Era un niño, y tras dejar Miróbriga me llevé el recuerdo de aquellas tardes que pasé corriendo por entre sus murallas, y junto a los juegos, la añoranza de aquella casona pegada a la de mis padres donde vivía la abuela de uno de mis amigos de aquel tiempo. En muchas ocasiones, cansados de tantos juegos, o si el buen tiempo no acompañaba, bajábamos y merendábamos en aquella inmensa casona donde nos entreteníamos jugando.

Allí fue donde vi por primera vez los manuscritos, sobre un atril detrás de una vitrina. Una vez, mientras admirábamos los variopintos objetos repartidos por todos los rincones de la casa, la abuela de mi amigo nos contó la historia que se encerraba detrás de cada uno de ellos. Muchos fueron hallados a mediados de siglo, en unas importantes reformas que se realizaron en el edificio; en el patio se abrió entonces por casualidad un boquete en la muralla, descubriendo un habitáculo donde se hallaron varios de los objetos que tenía expuestos, y entre las cosas encontradas, en una hornacina, estaban los manuscritos. En aquel tiempo, poca importancia le podía dar a aquel hallazgo,

si no era por el misterio de lo antiguo y de los secretos que aquellos papeles podrían desentrañar, interesándome mucho más por las espadas, puñales, dagas y armaduras, y por el misterioso pasado que aquel habitáculo guardaba, llenando mi imaginación de sueños de aventuras.

Estuvimos apenas tres años en Ciudad Rodrigo, cuando a mi padre, que era funcionario de correos, le cambiaron de destino, y con él nos fuimos todos. Con el cambio y ayudados del tiempo, todo aquello quedó en el olvido igual que quedó la niñez y muchos de sus gratos recuerdos.

Muchos años después, la casualidad me hizo recordar y valorar aquellos viejos escritos olvidados. Había pasado larga temporada sin saber nada de L. T., un amigo de juventud, apasionado y estudioso de la literatura del Siglo de Oro. Me lo crucé por casualidad. Ávidos de saber el uno del otro, nos relatamos los avatares de nuestras vidas de los últimos años. L. T. en los últimos tiempos, aparte de la enseñanza (de ella dependía su sustento), estaba metido en el estudio del *Libro de entretenimiento de la Pícara Justina*, de Francisco López de Úbeda. Investigando había llegado a la certeza (por un contrato de impresión del que había hallado huellas) de que se había escrito un segundo tomo unos años después de la edición príncipe en 1605. De pronto saltó en mi memoria la chispa que me hizo recordar aquellos manuscritos olvidados gracias a una palabra que encendió la luz de la memoria, «pícara», palabra que tanto me fascinó de niño, siendo palabra intrigante y sugerente por el significado misterioso de lo escondido en ella.

Picados en nuestra curiosidad, decidimos verificar qué tipo de manuscrito se encontraba en el caserón. En cuanto pudimos nos dirigimos a Ciudad Rodrigo, presentándonos en casa de la abuela de la cual tenía muy buenos recuerdos. La señora, ya octogenaria, dando muestras de gran lucidez, me recordó a pesar de los años pasados; después de un caluroso saludo, le explicamos el objeto

de nuestra visita. Accedió a que viésemos el documento con cierta reticencia —«porque me lo pides tú», me dijo, pues lo tenía guardado como una reliquia.

Los manuscritos estaban donde siempre los vi, guardados en una vitrina; se componían de dos partes muy diferenciadas: el original o *Tomo segundo de la Pícaro Justina*, anónimo, fechado en 1615 y un segundo códice, escrito en francés por un soldado de las tropas napoleónicas, fechado en enero de 1812. Lo primero que constatamos fue que, efectivamente, nos hallábamos ante dos versiones de la continuación anunciada de la obra original de López de Úbeda. El texto español no se encontraba en buen estado, hallándose en parte muy deteriorado por el paso del tiempo. La traducción francesa, con todo, se encontraba perfectamente conservada. La explicación nos la dio la anciana: el deterioro se debía a la posición en la cual fueron hallados los textos.

En efecto, colocado sobre un sillar, se hallaba el manuscrito original del *Tomo Segundo* con una gruesa tela de cedazo que lo dividía en dos partes, y, por encima estaba puesta la traducción francesa envuelta en una piel de ternera o vitela como si a punto estuvieran de publicarla. Esta disposición explicaba perfectamente el mayor deterioro de la parte inferior. La humedad, el moho y la deficiente encuadernación habían hecho que las páginas de los dos primeros libros del *Tomo Segundo* se pegaran haciendo imposible su manejo pues se deshacían entre los dedos. La anciana no permitió ni en bromas que sacáramos fuera de aquella casa los escritos, recelosa de que, por ser este objeto de gran valor, se lo confiscaran los bibliófilos de turno, en cambio, sí nos dio todas las facilidades para consultarlos cuanto y cuando quisiéramos, habilitando una de las habitaciones de la casa para este menester. Todo ello, bajo la promesa de que no desveláramos ni su identidad ni su vivienda, cosa que mientras viva la anciana no hare-

mos. Este hecho nos limitó bastante, tardando más de lo esperado en finalizar todo el trabajo.

Afortunadamente, el manuscrito francés resultó ser una traducción de los dos primeros libros del *Tomo segundo*, consolándonos este hallazgo de nuestra frustración al no poder recuperar el original entero; pues el tiempo había hecho muy bien su devastador oficio dejando gran parte de la primera parte del *Tomo segundo* (*Libros Primero y Segundo*) inservible, aunque no así la segunda (*Libros Tercero y Cuarto*). Decidimos conjuntamente emprender el trabajo de traducción, ya que por diversas circunstancias, tanto el uno como el otro, habíamos pasado largas temporadas en el país vecino. Comprobamos con satisfacción que rápidamente se resolvía una de las incógnitas que nos tenía intrigados desde el principio; ¿Qué hacía aquel manuscrito francés junto al original? La aclaración nos la dio una nota escrita por el autor, nota que transcribimos completa, pues es suficientemente clarificadora para entender las razones que llevaron a un erudito soldado galo a llevar a cabo el denodado empeño de trasladar una obra tan genuina y castellana.

Conscientes de la distorsión y del cambio de estilo que conlleva en sí toda traducción, sobre todo si se trata de un texto antiguo, trasladamos del francés al español el texto de 1812, o sea los dos primeros *Libros* del *Tomo Segundo de La Pícara Justina*.

Los *Libros Tercero y Cuarto* los trasladamos al pie de la letra, a excepción de algunos párrafos que resultaban ilegibles o incluso con algún que otro tachón, con criterios de transcripción que son los que se usan en las ediciones contemporáneas de textos áureos. Los conocimientos de L. T. sobre la época y la literatura picaresca de aquel siglo resultaron de gran ayuda para desentrañar algún pasaje oscuro y aclarar dudas. Concluimos la tarea cuatro años después de iniciados los trabajos, ya que no siempre podíamos acercarnos desde Salamanca por falta de tiempo y los achaques de la abuela y su tetera.

NOTA ESCRITA POR UN SOLDADO FRANCÉS, HALLADA JUNTO A LOS MANUSCRITOS

EL 10 DE julio de 1810, el mismo día de la rendición de Ciudad Rodrigo a las tropas francesas, fui gravemente herido en el asedio, perdiendo una pierna y poco faltó para perder la otra. Desde entonces estuve postrado en la cama una larga temporada entre fiebres y muchos dolores. En aquellos días de lucha, hubo tal abundancia de heridos que nos repartieron entre el hospital de campaña y el de la ciudad al que fui llevado. El hospital se hallaba en tal estado de ruinas que a las primeras lluvias resultaba peor estar dentro del edificio que a la intemperie. Alguna gente del lugar, viendo el estado lastimoso en el que nos encontrábamos los heridos, se ofreció por caridad y mucha dosis de piedad para que nos alojáramos en sus casas los que peor estábamos.

Doña Francisca Iglesias, que es una mujer de una infinita bondad, se ofreció para que me trasladaran a su casa donde atendió y cuidó mis heridas con mucho esmero y dedicación, señora a la que le estoy infinitamente agradecido por todos sus desvelos hacia mi persona. No bastándole con alojarme en los momentos más ocasionados, sino que, después de estar fuera de peligro, aun convaleciente, ha permitido que me quedara en esta santa casa hasta el día de hoy, a la espera de una oportu-

nidad para allegarme a mis padres oriundos de las landas francesas. Ya sin tantas fiebres, con los primeros síntomas de recuperación, comencé la traducción de este manuscrito, una tarea que me ha ayudado a sobrellevar el infierno por el que he pasado.

Los manuscritos que acompañan esta nota llegaron a mis manos cuando me encontraba destinado en tierras de León, en una zona llamada El Bierzo. Un monje del monasterio de Carracedo, que conocí en un mesón, falto de charla, entre trago y trago de vino, me relató cómo transcurría su existencia entre manuscritos e impresos en la biblioteca del convento; dedicándose a copiar y trasladar todo tipo de escritos deteriorados, siempre que tuvieran la suficiente importancia donde sacar enseñanzas de provecho. No desperdiicé la ocasión para preguntarle si había visto u oído hablar del *Tomo segundo de La Pícara Justina*, pues desde hacia largo tiempo había oído hablar y estaba interesado por tan valioso escrito.

Las razones que me llevaron a tener especial interés por este libro vienen de mi primera juventud, antes de que mis ansias de aventura me condujesen camino de la soldadesca, camino de imperfección lleno de infortunios. En casa de mi padre que era un gran amante de los libros, siendo mozalbete pasaba gran parte del tiempo recorriendo las estanterías de su extensa biblioteca repletas de todo tipo de libros, con los que me enfrascaba en la lectura de cualquier volumen que retuviera mi atención. De entre todos, en mis manos cayó una edición francesa de 1636 del libro escrito por López de Úbeda; libro este que leí con agrado, quedándome la duda y la curiosidad por saber si se había llegado a escribir el *Segundo Tomo* que había vaticinado el propio autor. Indagué sobre el asunto una temporada, pero nadie supo darme una respuesta. Después de un tiempo desistí de mi empeño, pero siempre estuve presto y atento por no desperdiciar ocasiones con vistas a averiguar si tal obra existió o no.

El clérigo me explicó que muchos eran los libros y manuscritos que se encontraban amontonados y sin clasificar en una sala contigua a la biblioteca destinada a todos aquellos escritos considerados inmorales o de poco valor, entrando en la categoría de poco o nada recomendable por las jerarquías eclesiásticas del monasterio. De entre todos ellos, el fray, vanagloriándose de su buena memoria, recordaba unos pergaminos con un título parecido al que preguntaba, sin saber decirme si eran los que me interesaban o no.

A los pocos días, apareció con unos manuscritos bajo el brazo, dispuesto a canjearlos por un elevado precio, ya que era, según me dijo, mucho lo que exponía sacándolos de la biblioteca, asegurándome que no era en él habitual, ni tenía por costumbre esquilmar al monasterio de estas maneras; pero, siendo un caso especial y dado que estaba falto de dinero, lo hacía, pues las deudas le obligaban a ello, aunque a mí me pareció que nunca salía de ellas. Comprobé que era realmente lo que estaba buscando, sorprendiéndome la falta de autor, pues en ningún lugar amanecía este. Después de varios regateos llegamos a un acuerdo en el que estos escritos pasaron a mis manos, sellando el trato, cómo no, con un buen trago de garnacha.

Como oro en paño, coloqué los manuscritos entre mis pertenencias. Pero, el destino con sus caprichos, me alejó de volver pronto a mi tierra. Cuando creía que mi campaña por tierra española estaba a punto de concluir, me destinaron rumbo a Portugal para defender Ciudad Rodrigo del acoso del inglés, donde bruscamente se ha truncado mi destino de soldado. En mi convalecencia, como conté anteriormente, me he dedicado a la traducción de los escritos al francés, ya que tengo la intención de editar en mi tierra estas nuevas aventuras de Justina, que siguen a las que narró López de Úbeda en el *Tomo Primero* escrito en 1605.

Los ingleses al mando de Wellington asedian la ciudad, pronto tendremos que claudicar si no nos socorren

luego, ya que nuestras fuerzas son escasas y muy mer-
madas para la resistencia. Llevo varios días preocupado
por lo que les pueda ocurrir a los manuscritos, ya que si
cayeran en manos de los ingleses, pronto utilizarían los
pliegos como yesca para una buena candela en esta fría
noche de invierno. Doña Francisca Iglesias, tan atenta
como siempre, ha dado con la solución, revelándome un
escondite; el mismo donde ella cela sus alhajas para que
no caigan en manos de saqueadores y ladrones. Pondré
a buen recaudo estos manuscritos hasta que pase todo,
pues, en lo que a mí respecta, no creo que se atrevan con
un pobre tullido. Espero, a no mucho tardar, terminar
lo empezado, sentado tranquilamente junto a la lumbre
en casa de mis progenitores por tierras de la dulce Fran-
cia, que tanto añoro en medio de tronidos de bombardas
y escaramuzas de bayonetas.

Ciudad Rodrigo, 18 de enero de 1812

PRÓLOGO SUMARIO DESTE SEGUNDO TOMO DEL LIBRO DE LA PÍCARA JUSTINA

POR FIN, FIDELÍSIMO lector, sale a la luz el *Tomo Segundo* de mis andanzas y malandanzas, algo menos grueso, tras diez años de espera, y a despecho de los Catones censorinos que a punto estuvieron de hacerme desdecir de mi intento, si no fuera por una terquedad que tengo que me viene de mis antepasados jerusalemos, por la que ellos todavía siguen por esos pagos, disfrazados de conversos, y por la que yo, ante ti, me presento de nuevo, disfrazada de ventera y venturera, que ya solo zurzo remiendos de calzas cuando otrora hacía urdimbre de trazas.

Tres fueron los agravios que mereció mi *Tomo Primero*, por parte de los criticones de marras: estos que gracian y desgracian a mansalva.

Primero, fiscalizaron mis poemas sumarios, que a mí tanto sudor de ingenio y zumo de la mano escribana me costaron.

Góngora me llamó tarabilla en unas de sus serranillas, Lope de Vega, ruido hechizo, Quevedo, ensayo chirle de poeta huero y Alemán pito de carnestolendas, para solemnizar lo excusado y enjundioso de mis versos liminares.

Después, baldearon, baldonaron y aun blasonaron mis jeroglíficos, símiles, símbolos, fábulas, refranes y cuentos, diciendo que parecía mi libro centón de dichos

redichos y manga de sentencias sentenciadoras de toda razón y buen tino.

Por ende, los más despiadados me llamaron Ilegible, como por antonomasia, porque decían que cansados estaban de sufrir los bodocazos de mis retruécanos, circunloquios y conceptos agudos, y algún que otro mocho (eso lo dijo el autor del *Quijote*, en su famoso *Viaje*, que otro Par de Nasos le iba a dar yo).

Pero, todo saldrá en la colada, y a aquestos no les ha llegado aún su hora, que todo gocho tiene su san Martín, como verás entre los renglones de este mi *Tomo Segundo*.

Así, que como soy buena cristiana, y no quiero pecar de escandalosa, no verás en este libro protopoemas, ni discursos académicos. Por lo que atañe a lo Ilegible, un esfuerzo, y grande, hice en los *Libros Primero y Segundo*, pero luego, mucho me temo que vuelva a las andadas, así discúlpame samaritano lector, que genio y figura hasta la sepultura, que hasta mi último regüeldo ahíto de ajo y pimienta de vieja celestina empachosa y empachada pienso seguir manteniendo en ristre la pluma para rematar el relato de mi desastrada vida.

Al final del libro verás un avance del *Tomo Tercero* sevillano, engendro de mi sutil ingenio, que pienso sacar a luz, Dios mediante, de aquí a poco tiempo, si me lo concediere.

Que disfrutes. Vale